

LA ANTORCHA

Año XI Buenos Aires, Viernes 22 de Abril de 1932 Núm. 311

OBREROS Y ESTUDIANTES

En el espacio de cortos días, obreros y estudiantes, Rosario y en La Plata, han obtenido su lote de "normalidad", administrado con plomo sicario y caracoles de cosacos.

¡Abajo Justo!

Con fecha 12 del corriente, el gobierno redajo a dos años la pena de prisión perpetua que purgan en Ushuaia Acosta, Montero, Gayoso y Ives, compañeros condenados por hechos criminales, y Enrique Guerra y Mario Gatti, condenados por minuciosos hechos comunes.

Los anarquistas-comunistas y la experiencia social popular

Desde nuestro firme, incommovible y bien definido punto de vista anarquista, el mejor gobierno es el que menos gobierna, y en el mejor de los casos, el que no gobierna nada.



Todos los días, después y antes del 6 de setiembre, como ahora y luego del 20 de febrero y a cada momento, la paga burguesa es sólo lote de plomo, esclavismo y hambre para los proletarios.

La clase de 1930 sirvió para apuntalar la tiranía, la de 1931 a mantener el oprobio y el sometimiento. La clase de 1932 "evolucionó"; la de 1931 estaba pronta, en los cuarteles, para sembrar la metralla entre las filas del pueblo; la de 1932, muchachos de los años, es puntal de la "normalidad"; los conscriptos apresados en 1930-31, a muchachos obreros que luchan por su libertad por su pan, en demostraciones quebriantadoras del semestrado de que asfixia a Buenos Aires.

Como en 1902, como en 1909, en 1910, 1919 o 1922, los soldados de la patria acusan a los obreros. Hace seis días, en Comodoro Rivadavia, los trabajadores en huelga en la zona petrolífera fueron oídos, atravesados por el plomo sicario, a dos obreros. Y no son primeros; en Santa Cruz hubo, en verdad, dos mil, pero la Patria "repitió su eco trágico en Buenos Aires, y Varela tuvo su éxodo".

La "normalidad", los ministerios socialistas y los empresarios quitan, claro está, el asesinato de obreros, como en Comodoro, u otros dramas que pasan desapercibidos de un suicida por hambre joven que cae desvanecido por hambre en las aceras, y el enloquecimiento por hambre. Hambre! Desocupados! ¿Dónde está el pan? Y prosigue la ronda danzante y arriba, por hoy, tenos, en su balcón, río el amo...

Plomo en las calles, esclavismo en los talleres, hambre y miseria en las casas, paga burguesa, lote de "normalidad", lógica del mundo socialista. Y, como en 1930, como en 1931, en 1932, han de ser pobres los muchachos conscriptos de veinte años los puntales del "libro" y del régimen.



ero y de todo aquel que no aspira a vivir de la explotación de sus súbditos, habremos abierto una senda fecunda a la actualización y vivificación del comunismo anarquista. Creemos que en ese sentido sería incalculables beneficios popularizar, a favor de la general expectativa del momento, lo que entendemos por "revolución social", el "movimiento moral y católico que todo gobierno tiene en la vida social, y premio cada vez mayor que existe de sujetar al gobierno entre límites estrechos de acción y hasta obligarlo a desaparecer por inerte y estivo."

Como los gobiernos no se detienen ni se conmueven sino ante la inercia, ésta tiene una acción ejemplarizadora de estabiles efectos el solo hecho de poner en el orden del día una subversión profunda que abra el verdadero camino de la emancipación definitiva y total. Bajo la condición de que los anarquistas sepan y tengan fuerzas suficientes para sacar el mayor provecho posible del momento y no pierdan, en el campo de la vida pública. Para que, al igual que aconteció en las experiencias, previos a su gobierno, la vida social popular, el anarquismo recorra de los hechos y la vida social popular, pues sólo a través de él, y no del mero verbalismo subversivo, sabemos camino tendremos el beneficio anhelado. Convergamos, sí, que cada empresa esta de un gran coraje mental para acompañar, en todos los momentos, y a través de todas las circunstancias, los hechos con la afirmación clara y colocarnos cada día, cada uno de los nuestros, que levantados, en lugar instantáneo, una bandera de insurrección social. Vale todo lo que se tanto como el mejor consejo doctrinario. Es a través de él, así, y no de un acto combatiente anarquista, donde el secreto instinto del pueblo aprueba y nos comprende.

Propósito del anarquismo comunista, eso, viejo y siempre nuevo comunismo anarquista insurreccional que hoy vive en España en las "tormentas" heroicas del Alto Llobregat, de Zaragoza y de Sevilla; debe ser el "de luchar con claridad, fidelidad y justicia las ideas esenciales de la revolución social, modios y fines compatibles a esos enunciados. Vasta es la experiencia social popular para ello. Su elaboración está abajo, a través de la vida realmente colorosa y fecunda del proletariado, pues es el mismo los sentidos esenciales de la revolución próxima, que de esa manera teorización filosófica, sino una marcha ascendente y trágica a través de la historia que en el siglo presente se toca tierra. Nosotros destacamos, en el anarquismo comunista, una nítida atracción social y revolucionaria, que ninguna partido político o movimiento económico puede ofrecer. Es nuestra fuerza y nuestro porvenir, el que sólo puede ser inaugurado por el "consciente" y las "vidas" asociadas de las energías sociales que crecen en las masas obreras y campesinas.

Fuerzas de marinería desembarcan en Comodoro Rivadavia. ¿Será para consolidar, con una nueva masacre de trabajadores, como la de Santa Cruz, el imperio de la "normalidad", sedicente garantía para todos?

EL CAPITOLIO ESTA CERCA DE LA ROCA TARPEYA: recuérdelo Uruburu ante el ejemplo de Ibañez. Y en la fuga de éste compruebe una vez más, el pueblo, la cobardía común a todos los tiranos.

LA ANTORCHA

Año X Buenos Aires, Agosto 1.º de 1931 NUM. 308

La Salvación sólo está en el Pueblo

Ante la situación reprensiva desatada en la Argentina, queremos destacar ante todo, como un ejemplo de experiencia, como un ejemplo de final fracaso, inminente a toda repetición, la enseñanza ejemplarizadora de la historia que nos ofrece ejemplos vivos de la "normalidad" de toda represión para sofocar los ideales populares que no se ahogan, ni antes ni mucho menos ahora, aunque se levanten contra sus militantes un bosque de horcas, aunque toquen a depuella a uno maturo, aunque cada una lluvia de plomo sobre el pueblo que aspira a mover suya la calle, como en tiempos de Falón y en la semana de linero. No es por la represión, pues, que las aspiraciones populares y los movimientos sociales fracasan, sino a causa de las transacciones oportunistas y las desviaciones siempre traidoras que determinan la deserción de la acción directa, cuya bondad como único instrumento de liberación la historia corroborara.

Y este es el momento en que después de diez meses de estado de sitio y ley marcial, cuyo imperio han sido sacrificadas varias vidas ante el pelotón de fusilamiento y se ha apresado, torturado, deportado y confinado en Ushuaia a centenares de hombres, el pueblo cree todavía posible, con lamentable inconsciencia, que la solución para su males se la deparen las urnas. Se cree en todo, hasta en la palabra de los militares, en todo se confía, hasta en el portio de las urnas que

ha de responder tan irrisoriamente, como el parto de los montes a la expectativa general, en todo, menos en sí mismos, en la propia obra, en la acción directa del pueblo, poniendo en juego su iniciativa, su energía y su audacia para la consecución de sus aspiraciones. Mientras sea así, mientras el pueblo rehuya la propia acción directa para dejarse atar al cuello de los traficantes de la credulidad pública, no habrá salvación. La salud del pueblo es la suprema ley. Pero está en él o no está en ninguna parte. Aproveche el pueblo la experiencia acumulada, a través de tantos desencuentros; sea consecuente consigo mismo, con sus reivindicaciones y sus esperanzas, y ponga su entera confianza en su propia capacidad de acción; en su solo esfuerzo, que si es capaz de sostener la sociedad con su trabajo, también lo será para liberarla, con su acción revolucionaria, de los parásitos que la oprimen y la explotan. Sepan las organizaciones obreras

En defensa de la vida

Otro hecho de sangre, como lo que costaron la vida a Falón y a Varela, ha venido, en buena hora, a probar la presencia inminente de la justicia popular y a recordar a los poderosos el insalvable peligro de desatirar con sus actos criminales. El mayor Rosasco, fusilador de muchachos, martirizador de presos, verdadero azote desatado por el gobierno militar sobre la población obrera de Avellaneda, en cuyos hogares sembraba el terror con sus continuadas tropelías contra hombres, mujeres y niños, ha sido muerto en el propio teatro de sus crímenes. Un grupo de hombres resueltos, en quienes la libertaria pasión vindicadora alimentaba la audacia, y el ser ejecutores de lo irrevocable daba serenidad al corazón y firmeza al puño armado - fundió en el plomo mortífero el dolor de tantas víctimas, cumpliendo así, al exterminar a la fiera, una obra saludable en defensa de la vida.

La caza al anarquista

No se da cuartel a los anarquistas. Cuanto habíamos levantado, como fragmento de propaganda y de combate, ya se deshecho en el polvo, y de nuestros compañeros - en la cárcel unos, en el destierro otros, en Ushuaia muchos, y fusilados o acerbillados en las calles algunos - sólo quedan en libertad unos pocos empeñados en mantener encendida, a pesar de todas las dificultades que reducen considerablemente su acción, la propaganda nuestra. Contra ellos encamina su persecución la policía. Es la caza encarnizada al anarquista, a quien se corre a tiros y se acerbilla en la calle, a quien se le bate la casa, tras cuyo rastro se lanzan innumerables jaurías, y en quien se ensañan, si se salva de las balas y cae preso, los inquisidores policiales. Así fué cazado Vicente Tomé como tantos otros; así fué torturado Nicolás Recchi, como muchos más.

El acto individual de revuelta es fenómeno necesariamente intermedio entre la desmida afirmación ideal o teórica y el movimiento insurreccional que lo sigue y en el cual se encenderá la antorcha de la revolución victoriosa.

Es que se tiene a los anarquistas - tan poco como quedamos -, y a su propaganda - tan poca cosa -. Pero es que siempre, temible para la autoridad el "serente" valor de un hombre libre y siempre peligrosa la propaganda anarquista, posible chispa de incontenible hoguera subversiva.

Trámite necesario e ineluctable, étes lo que es, lo que las circunstancias obligan o consienten fuera y por encima de toda predilección nuestra. ¿Podéis repudiarlo o execrarlo? Podéis repudiar el rayo, el terremoto, todo infausto meteorológico; os tocará siempre sufrirlo; las causas que los determinan se libran en un clima en el que la voluntad y la fuerza del hombre son ignoradas.

Prosigue sin tregua, pues, la caza al anarquista. El poder, nos mata, nos encarcela, nos persigue, y aunque cese toda acción de nuestra parte seguirá lo mismo siempre. Hay que luchar siempre, y no dar tampoco tregua ni cuartel. Apelmazando en vindicadores odios el dolor de las víctimas, restañando las sangrantes heridas, rehuyendo sobre nuestras derrotas, permanecemos en la pelea con renovado ardor. Más pronto o más tarde el porvenir será de la libertad, nuestro.

Reivindicamos como nuestro el hecho y sus autores, que si no son anarquistas merecen serlo, por su espíritu de sacrificio - exaltación del sentimiento solidario que sólo en el anarquismo alcanza su plenitud -, por su odio a los crímenes del poder y por su herido amor hacia las víctimas que casi únicamente en los anarquistas han logrado expresión tan acendrada. Intérpretes del pueblo, que ha soportado todas las experiencias trágicas de la vida y que comprendiendo a los que sufren sabe sufrir con los caídos, ellos sintieron la agonía de los fusilados, el dolor de los torturados, el llanto de tantos niños y mujeres, y supieron cumplir el gesto magnífico que reconfortó los corazones apenados.

Hay un solo hombre - decía Dostoiewsky - digno de la pena de muerte: el que la aprueba. El mayor Rosasco, más que aprobarlo, sentía criminal fruición en provocar de víctimas al pelotón de fusilamiento. Frío, imposible, con insensibilidad de acero que penetra entre costilla y costilla en bases del corazón para partirlo, así torturaba él a los presos hasta enloquecerlos o arruinarlos para siempre: así aterraba los hogares proletarios; así arrastraba a morir en el banquillo a pobres muchachos. Merecía, pues, la muerte. Bien muerto fué.